

## §. XLII.

## De los Sofismas.

La verdadera inteligencia consiste en descubrir y abrazar la verdad, que depende de la conformidad ó repugnancia visible ó probable de las ideas; que se afirman ó niegan las unas de las otras. Se ve por esto, que para conducir bien nuestro espíritu en la investigacion de la verdad, que debe ser su único fin, es menester guardar una completa indiferencia, y no inclinarnos hácia uno ni otro lado, hasta tener buenas razones que nos determinen. No se ve sin embargo casi libro ninguno, en que no se advierta que el autor no solamente defiende su tésis, lo cual es justo y puesto en razon, sino que tambien se ladea totalmente hácia aquel lado, y desea que ella sea verdadera. Si se me pregunta en que señal pueden reconocerse los autores que tienen este flaco, respondo que en el cuidado

que tienen de mudar con frecuencia los términos de la cuestion, ó de agregarles otros nuevos; lo cual causa una tan grande diferencia en las ideas, que ellas se vuelven mas útiles al fin que se tiene en la mira, y que son mas conformes ú opuestas unas con otras. Hay en esto un clarísimo sofisma; aunque me hallo muy remoto de creer que se valgan de él siempre para engañar á los lectores. No ignoro que seducidos los hombres por sus preocupaciones, se alucinan á sí mismos con frecuencia, y que su zelo por la verdad, cuando estan impresionados con un partido, es lo que los aparta mas de ella. La inclinacion á un cierto dogma les inspira términos templados, que engendran ideas favorables, hasta que despues de haberle adornado así, llegan á concluir que él es de la última evidencia; en vez de que tomándole en su estado natural, y no empleando mas que ideas fijas y determinadas, no le admitirian quizas. Las frases, glosas, explicaciones, y ornamentos, con que los autores hermo-

sean sus discursos, forman en tanto grado lo que se llama el talento de escribir, y este método les es tan provechoso para propagar sus opiniones y adquirir crédito en el mundo, que no hay apariencia ninguna de que ellos le abandonen, para seguir otro mas seco y estéril, que une siempre las mismas ideas con los mismos términos; dureza áspera é inflexible, que no debe sufrirse mas que en los matemáticos solos, que penetran con sus irrecusables demostraciones hasta la verdad.

Pero si los autores no quieren renunciar de este modo insinuante de escribir, aunque poco sólido, si no tienen por oportuno el uso de términos precisos y argumentos claros y sólidos, les interesa á los lectores el estar sobre sí contra los sofismas y adornos del discurso. El mas seguro medio de conseguirlo, es formarse ideas claras y distintas de la cuestion despojada de todas las palabras, y ver de que modo el autor que la trata, une juntamente, ó las separa unas de otras. Siguiendo este camino, no pode-

mos menos de desechar lo que es superfluo, y conocer lo que hace á la cuestion, ó se aparta de ella, lo que concuerda juntamente ó se contradice. Con ello se descubrirán prontamente cuantas ideas no son de la materia, y los lugares en que el autor las ha insinuado con arte; y aunque esto le haya deslumbrado quizas á él mismo, se echará de ver que ellas no comunican ninguna luz ni la menor fuerza á sus racionios.

Sin duda, este es el medio mas corto y cómodo para leer con provecho y preservarse del error á que los famosos nombres y discursos plausibles nos arrastran comunmente; pero es dificultoso y fastidioso para las personas que no estan habituadas á él; y no debemos imaginarnos que el corto número de los que buscan con buena fe la verdad, pueda ponerse todo él á cubierto con esto contra algunos sofismas estudiados, ó involuntarios que se insinúan en casi todos los libros, de racionio. Los que escriben contra su íntima persuasion, ó, lo que con escasa diferencia, viene á ser lo

mismo, que estan resueltos á mantener con razon ó sin ella los dogmas del partido que han abrazado, no pueden menos de emplear todas las especies de armas, malas ó buenas, en defensa de su causa; y por esto mismo debemos leerlos con suma precaucion. Por otra parte, los que escriben en favor de opiniones de que se hallan bien persuadidos, y que creen verdaderas, se lisonjean de que el amor que ellos profesan á la verdad, les permite pintarla bajo los mas favorables colores, y revestirla con los mas galanos ornamentos, á fin de insinuarla mejor en el ánimo de los lectores, y que eche profundas raices allí.

Como los mas de los escritores se hallan en una ú otra de estas dos disposiciones de espíritu, es justo que sus lectores, que son amantes de la verdad, esten prevenidos contra quanto puede obscurecerla ó disfrazarla. Si no tienen la destreza de representar el sentido del autor que leen con ideas puras, desembarazadas de todos los sonidos y de todo el oropel de una falsa

retórica, deben á lo menos retener el verdadero estado de la cuestion, no perderle nunca de vista, ni sufrir que se le agregue ó suprima término ninguno. Pueden hacerlo cuantos tienen una buena gana de ello, y el que no quiere tomarse esta molestia, no hace de su espíritu mas que un depósito de guiñapos que pertenecen á otros, quiero decir de falsos raciocinios, mas bien que un receptáculo de verdades, del que él podria sacar sumos auxilios en caso de una necesidad. Dejo que semejante hombre juzgue por sí mismo si se conduce bien en la investigacion de tan precioso tesoro.

## §. XLIII.

## De las Verdades fundamentales.

Nuestro espíritu es tan limitado y lento en penetrar lo substancial de los objetos que él contempla, que no hay hombre ninguno que pueda conocer todas las verdades, aun cuando fuera mucho mas durable

la vida; de modo que es una cosa prudente el fijarnos en las cuestiones mas importantes, y abandonar las otras que no significan nada, ó que nos alejan de este principal fin. Todos saben cuanto tiempo malogra la juventud en llenarse la cabeza de cuestiones de lógica, inútiles las mas de ellas, y que no vienen á parar mas que en palabras. Es con corta diferencia como si un hombre que quiere hacerse pintor, se ocupara todo enteró en examinar los hilos de los diferentes lienzos en que debe trabajar, y en contar las cerdas de todos los pinceles y brochas de que debe servirse para aplicar sus colores. Aun es algo peor: este á lo menos echa de ver al cabo que su trabajo es en balde, y que con ello no está mas adelantado en su arte; en vez de que los otros tienen tan acalorada la cabeza con las disputas escolásticas, que toman nociones fútiles y vagas por constantes verdades, y se imaginan ser tan hábiles, que no se dignan de profundizar la naturaleza de las cosas, ni bajar hasta las experiencias. ¿Puede abu-

sarse mas toscamente del espíritu, especialmente en el exámen de la verdad; y no es justo el censurar este defecto, que va acompañado de otros muchos, relativos á las cuestiones en sí mismas que se controvierten en las escuelas, ó al modo de proceder en ello? Es imposible contar los errores de esta especie, de que es ó puede ser culpable un hombre; pero basta con haber insinuado que las observaciones superficiales, que no encierran nada importante y que no ayudan á extender nuestros conocimientos, deben abandonarse, y no son dignas de que nos ocupemos en ellas.

Hay verdades fundamentales que no se descubren mas que ahondando, por decirlo así, y que sirven de fundamentos á otras infinitas. Son fecundas verdades, que enriquecen el entendimiento, y que semejantes á aquellos fuegos celestes que giran sobre nuestras cabezas, ademas de la brillantez que les es natural y el recreo que su contemplacion infunde, esparcen su luz sobre otros muchos objetos, que no se ve-

rian sin su socorro. Tal es aquel admirable descubrimiento de M. Newton, que todos los cuerpos gravitan los unos hácia los otros; descubrimiento que podemos mirar como la basa de la filosofia natural, y que le ha proporcionado los medios de hacer ver, con sumo pasmo de todos los filósofos, que él es de un uso maravilloso para comprender el admirable mecanismo de nuestro sistema solar. Aun no cabe duda ninguna en que el mismo puede conducirnos á la inteligencia de otras muchas cosas, si saben aprovecharse de él y emplearle. El precepto de Jesucristo, que nos manda *querer á nuestros prójimos como á nosotros mismos*, es una verdad tan capital para la conservacion de las sociedades humanas, que ella enteramente sola basta para determinar los mas de los casos que miran á las obligaciones de la vida civil. Deberíamos ir con ardor en busca de verdades de esta naturaleza, de las cuales convendria pertrchar nuestros espíritus.

## §. XLIV.

Del fondo de la Cuestion.

Lo que acabo de decir, me conduce á otra consideracion que no es menos útil que la precedente, y que nos obliga á examinar siempre el nudo de la cuestion que se propone, y ver sobre que está fundada. Las mas de las dificultades que se hallan en esto, si queremos seguirlas hasta el cabo, nos conducen á alguna proposicion clara, que sirve para sacar de dudas y resolver la cuestion. No sucede lo propio con los argumentos superficiales, y que se sacan de los lugares comunes; podemos hallarlos á montones en pro y contra, que sugieren mil pensamientos diversos al espíritu, y una grande afluencia de palabras á la boca; pero que sirven mas bien para entretenernos, que para llegar al fondo de la cuestion y descubrir la verdad, que es el único fin

de un espíritu investigador, y el término de su reposo.

Por ejemplo, supuesto que se pregunta si el Gran Señor tiene derecho para tomar cuanto quiere de su pueblo, no se puede responder bien, sin examinar primeramente si todos los hombres son naturalmente iguales, porque la cuestion tiene esto por objeto. Probada una vez esta verdad, no tenemos mas que retenerla, en medio de cuentas controversias se agitan sobre los diferentes derechos de los hombres unidos en sociedad, y hallaremos que ella es de sumo socorro para mostrar en donde se halla la verdad.

§. XLV.

De la Dificultad que hay en dirigir nuestros pensamientos hácia donde queremos.

No hay quizas cosa ninguna en el mundo que contribuya mas al adelantamiento de las ciencias, al descanso de la vida y á la

expedicion de los negocios, que la habilidad para dirigir nuestros pensamientos hácia la parte que nos agrada; y tambien quizas no hay ninguna mas difícil de lograrse. El espíritu de un hombre que vela, se ocupa siempre en algun objeto, que él puede cambiar á su modo por otro, y pasar del segundo á otro tercero que no tiene relacion ninguna con los dos primeros, especialmente cuando no nos interesamos en unos ni otros, y que no estamos casi atentos. De esto nace que repiten con frecuencia, que no hay cosa mas libre que el pensamiento, y seria de desear que esto fuera así; pero no vemos mas que muchos ejemplos de lo contrario, y que prueban que no hay nada mas pertinaz que nuestros pensamientos, ni mas difícil de gobernar; no quieren estos que se les indiquen los objetos que ellos deben perseguir, ni que los desprendan de aquel en que se han fijado una vez; vuelan, por decirlo así, tras otro, y se llevan consigo á un hombre, por mas que este pueda hacer.

No repetiré aquí lo que he dicho ya sobre la dificultad que hay de acarrear á alguno, que no se alimentó, por espacio de treinta ó cuarenta años consecutivos, mas que con un escaso número de ideas comunes, de acarrearle, digo, á formarse otras nuevas y mas importantes, y á ocuparse en las que le facilitarían una rara cosecha mucho mas abundante y útil; de lo cual no se trata ahora. El defecto de que hablo aquí, y para el que yo querria por cierto hallar un remedio, es la dificultad que hay algunas veces para dirigir nuestro espíritu de una á otra materia, cuando nos son igualmente familiares las ideas por ámbas partes.

Los objetos que nuestras pasiones nos hacen queridos, se apoderan de nuestros espíritus con tanta autoridad, que es muy difícil desterrarlos de estos cuando queremos; pero como si la pasión dominante fuera una especie de preboste, revestido con toda la autoridad de la justicia, entra ella á viva fuerza en el espíritu, hospeda

allí su objeto, y quiere que sea mirado como el único digno de consideracion. No hay ninguno, en mi entender, por mas sosegado que pueda ser en su temperamento, que no haya experimentado á veces esta tiranía, y que no haya sufrido sus inconvenientes. ¿Cual es el hombre, cuyo espíritu, asaltado del amor ó ira, del temor ó dolor, no se haya visto cargado á veces, por decirlo así, de trabas, que le han inhabilitado para dirigirse hácia cualquiera otro objeto? ¿No son efectivamente trabas, supuesto que ellas suspenden la actividad del espíritu, y le impiden adquirir nuevos conocimientos, ó hacer algun progreso en aquellos á que se dedica todos los dias? Los que estan dominados de una vehemente pasión, no difieren mucho de aquellos que llamamos espiritados en el sentido literal; y diria uno, al verlos, que hay algun encanto que los embota y obceca, Por lo mismo no ven nada de lo que pasa á su vista, ni oyen lo que se dice en su compañía. Pero si, á puro dirigirles la

palabra, los despertamos algo, se asemejan á hombres que vienen de otro mundo; y aunque interiormente pensativos, no se ocupan mas que en alguna bagatela, que forma su tema. La vergüenza que estas distracciones causan á las personas bien educadas, prueba que la incapacidad en que uno se pone de dirigir su espíritu hácia donde quiere, es un defecto de consideracion. El espíritu debería estar siempre libre y dispuesto á reflexionar sobre cuantos objetos se presentan, y á dar á cada uno toda la competente atencion. Puede decirse que él es inútil, si le ocupamos todo entero en un solo objeto, y que no podamos aplicarle á otro, que nos parece mas digno de nuestra solicitud. No hay ninguno que hiciera escrúpulo de dar á esta situacion del entendimiento el nombre de una rematada locura, á continuar ella siempre; y miéntras que la misma dura, en cualesquiera intervalos que vuelva, este flujo y reflujo de pensamientos con respecto á un mismo objeto, no nos adelanta mas en nuestros conoci-

mientos, que un caballo que da vuelta á la rueda de un molino puede conducirnos al término de un viage, cuando subimos sobre su lomo.

Confieso que debe acordarse algo á las legítimas pasiones y naturales inclinaciones. Ademas de los recreos que la ocasion engendra, cada uno gusta mas de un cierto estudio que de cualquiera otro, y le dedica con mas ardor su espíritu; pero vale mas que él sea siempre libre, y que podamos dirigirle hácia donde queramos. Deberíamos esforzarnos á conseguir semejante libertad, á no ser que tengamos por cosa de poca monta un defecto que inutiliza nuestro espíritu á veces; porque es como si careciéramos totalmente de él, cuando no podemos emplearle en un caso de necesidad y con las miras que nos proponemos.

Pero, ántes de buscar los remedios propios para curar este mal, es preciso conocer las diferentes causas suyas, y ajustarse



á ello para la cura, si á lo menos queremos ocuparnos en esto con algun acierto.

Hemos indicado ya una de estas causas, tan conocida de cuantos reflexionan algo, y cuya experiencia han hecho en sí mismos con tanta frecuencia, que ninguno duda de ella. Una pasion dominante aficiona tanto nuestros pensamientos al objeto suyo y á quanto le es concerniente, que un hombre, por ejemplo, que está apasionadamente enamorado, deja abandonados sus mas importantes negocios, y se vuelve incapaz de pensar en ellos; y lo mismo, desconsolada una tierna madre con la pérdida de un hijo único, no puede trabar conversacion, ni aun con sus mas íntimas amigas.

Pero, aunque las pasiones en general son la principal causa de esta dolencia, no es la única que embebe, por decirlo así, el espíritu, y que le limita por un tiempo á un solo objeto, de que no es posible distraerle. Por otra parte, experimentamos mu-

chas veces, que ocupado nuestro espíritu en algun asunto que la casualidad ó una leve ocasion le presentan, se acalora poco á poco contemplándole, sin que ninguna pasion se mezcle en ello; que él se abre una carrera en que adquiere movimiento á proporcion que va adelantándose, como una bola que rueda de arriba abajo de una montaña, sin poder desviarse ni pararse, aunque, cuando se ha pasado todo este ardor, reconoce que es trabajo malogrado, y que se ha entretenido en una fruslería, indigna del menor de sus pensamientos.

Hay una tercera causa, mas ridícula todavía, si no me engaño, que esta; es una especie de puerilidad, por decirlo así, del espíritu, que juguetea á veces con una fantasma de su propia invencion, de la que no puede libertarse mas que dificultosamente, aunque no lleve fin ni designio ninguno con ella. Así un refran vulgar, ó un pasage poético se apoderan á veces del espíritu, y forman en él una tal batahola, que no hay paz, tregua, ni atencion nin-

guna para cualquiera otro objeto; y este importuno hiesped no quiere abandonar su presa, por mas esfuerzos que se hagan para desterrarle. No sé si todos han experimentado la osadía de aquellas ideas caprichosas que nos impiden el ocuparnos en algo mejor; pero conozco á sugetos doctísimos que se quejan mucho de esto, y que me lo han mentado á mí mismo. La duda que tengo en ello procede de lo que he oido decir sobre otro caso, que se parece á este, pero que es mas raro todavía; es relativo á ciertas visiones que se aparecen á algunas personas, quando, sosegadas en las tinieblas, velan sin embargo con los ojos abiertos ó cerrados. Se les aparecen caras muy extraordinarias, que se siguen unas á otras; de modo que no bien se ha presentado la una en el teatro, quando se retira y ocupa su lugar la otra, sin que haya medio de retenerlas ni siquiera un instante. He conversado sobre este fenómeno con muchas personas, algunas de las cuales le conocian muy grandemente, y otras se extraña-

ban tanto de él, que no podian creer que fuera verdadero. Conocí á una señora de muy buenos talentos, que, á la edad de mas da treinta años, no habia tenido nunca la menor idea de semejante cosa; y que, quando me oyó discurrir sobre esto con un amigo mio, creyó que queríamos burlarnos de ella; pero habiendo bebido la misma señora, de allí á algun tiempo, por receta del médico una fuerte dosis de té, y acostándose en seguida, nos dijo, en nuestra primera conferencia, que ella habia experimentado entónces lo que no habíamos podido persuadirle. Sea lo que quiera de ello, parece que este fenómeno tiene una causa mecánica, y que él depende del movimiento de la sangre, ó de los espíritus animales.

Volviendo á los remedios del mal en que nos ocupamos, quando nos domina una pasion, y queremos dirigir nuestro espíritu hácia otra parte, no sé que haya mejor medio que calmar esta pasion, quanto es posi-

ble, ó contrapesarla con otra, lo que es un arte que se adquiere con el estudio, y el conocimiento íntimo de las pasiones.

Tocante á los que se dejan llevar de sus propios pensamientos, sin que el interes ó pasion los animen, es preciso que ellos tengan sumo cuidado de atajar su curso, siempre que se presente la ocasion de ello, y no sufrir jamas que su espíritu se entretenga en simplezas. Si los mas de los hombres conocen bien el valor de la libertad corporal, y no sufren con gusto que los encadenen, la esclavitud del espíritu es seguramente un mayor mal, y no deben omitir cosa ninguna para desterrarle de sí. Algunos continuos esfuerzos pueden conseguir esto, y si, desde que el espíritu se aficiona á alguna pata-rata, le apartamos cuanto ántes de ella, y le presentamos algun nuevo objeto mas sólido, no hay mas que resistir y volver á lo mismo por reiteradas veces, y se triunfará tarde ó temprano. Por otra parte, cuando hemos hecho algun progreso en este ejerci-

cio, y podemos apartar de nuestro espíritu cuantos pensamientos le ocupan, no será inútil el pasar mas adelante, y meditar sobre asuntos mas importantes, hasta que logremos un dominio pleno sobre nuestro espíritu, y podamos hacer pasar nuestros pensamientos de una á otra materia, con la misma facilidad que dejamos una cosa que teníamos en la mano, para tomar otra muy diferente. Esta libertad del espíritu es de una maravillosa utilidad para la expedicion de los negocios y para el adelantamiento de los estudios; y el que la posee, no deja casi jamas de salir triunfante en todas sus empresas.

En órden, finalmente, a la tercera y postrera causa, quiero decir al ruido y tumulto que una sentencia ó refran ocasionan en la cabeza, esto no acaeece apénas, á noser que el espíritu sea flojo y perezoso, y que no se ocupe en objeto ninguno fijo; de modo que, para librarle de estas incómodas é inútiles repeticiones, no hay mas que valerse del remedio que acabo de mentar; es

menester aumentar nuestra atención, y presentarle cuanto ántes otro objeto, capaz de mantenerla agradablemente, y de un modo provechoso.

## CARTA

### SOBRE LA TOLERANCIA.